

Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Nuestro Martí
- Autor: Weinberg Marchevsky, Liliana
Irene
- Forma sugerida de citar: Weinberg, L. I. (1991).
Nuestro Martí. *Cuadernos
Americanos*, 3(27), 144-157.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUESTRO MARTÍ

Por *Liliana Irene* WEINBERG
CCYDEL-UNAM

¿E S NUESTRO MARTÍ? ¿En qué sentido puede serlo, sin retóricas vacías, sin discursos grandilocuentes, sin —en el otro extremo— alabanzas impresionistas y subjetivas? ¿Sigue siendo vigente el Martí de *Nuestra América*?¹

Hay en *Nuestra América* mensajes declarados, explícitos, claros y evidentes desde una primera lectura, capaces de demostrar por su propia fuerza la vigencia del ideario martiano. Tal, en primer lugar, su mensaje anticolonialista, anticolonialista de todas las formas de colonialismo, desde el español hasta el norteamericano. Una anticipación del antiimperialismo que lleva a Juan Marinello² a preguntarse asombrado cómo un Martí idealista por formación llega a formulaciones tan avanzadas para su época, que hacen presagiar ciertos planteamientos marxistas. Respondamos nosotros que una forma de explicar este fenómeno es la idea goldmaniana de “conciencia posible”, según la cual toda obra que logra resumir en su grandeza una época permite a un autor no sólo reflejar los horizontes sociales de su propio tiempo sino a su vez expandirlos, llevado por la propia energía y poder anticipador de la creación profunda.

En segundo lugar, la exhortación de Martí respecto de la necesidad de que Nuestra América establezca relaciones de respeto y no de sumisión con los Estados Unidos tiene hoy extraordinaria vigencia. Releamos las propias palabras de Martí: “Pero otro peligro

¹ José Martí, *Nuestra América*, 1891, en *Obras completas*, t. 6, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, pp. 15-23. Las citas que se hagan de ahora en adelante corresponden a esta edición.

² Juan Marinello, “El antiimperialismo de José Martí, en *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, 22, México, UNAM-UDUAL, 1978, pp. 6ss.

corre, acaso, nuestra América . . . y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdigna . . ." (p. 21). En suma, la idea de que a la larga sólo una relación horizontal, esto es, no hegemónica y establecida en el respeto y no en la subordinación, ha de llevar a resultados propicios, resulta a todas luces significativa en vísperas de los nuevos tratados comerciales que establecen nuestros países con otras naciones americanas.

El llamado a la unión, a la solidaridad entre las partes que conforman América Latina, es también otro de los mensajes evidentes en el texto martiano. Unión intestina, dentro de cada una de las naciones, y unión entre las naciones. Unión como conciliación pero también como creación a partir de elementos descompuestos y mal conocidos, sin que uno tenga predominio sobre los otros: unidad en la diversidad. El modo en que Martí plantea la unión se torna especialmente expresivo a la luz de estos tiempos: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. . ." (p. 15).

¿Qué tan actual, qué tan universal es la cuestión de la hermandad latinoamericana que plantea Martí? ¿Nos dice algo hoy a los latinoamericanos, en un 1991 que amaneció amenazado por una conflagración mundial, por una "guerra sucia", y abierto a un 1992 que nos recuerda el descubrimiento de América? Palabras que parecerán a algunos enmohecidas o carentes de sentido, pero que a la luz de estos tiempos han cobrado nuevo brillo y actualización. En efecto, el problema de las diferencias y semejanzas que se debate hoy en el seno de los países árabes parece demostrar, por de pronto, que la discusión sobre aldea, país, región, mundo, sigue teniendo vigencia. Evidentemente el sesgo religioso y de restauración tradicionalista que algunos intentan dar a la cuestión árabe es muy diverso de la cuestión tal como la pone nuestro primer intelectual: un debate laico y de mirada al futuro. Insisto: laico y a futuro, es decir, opuesto a un debate de carácter místico-religioso y de cara al pasado, esto es, restaurador.

Nuestro utopista descubre que no es por la religión ni por las tradiciones que hay que consolidar la unidad de América Latina, sino por un futuro de ideas e ideales compartidos. Esto a su vez implica decir que los lazos que vinculan a América Latina tienen sin duda un origen común, pero sobre todo existen en el futuro, como posibilidad. Porque, si Martí habla de "la bandera mística del juicio final" capaz de detener a un escuadrón de acorazados,

lo hace sólo para establecer, por analogía, la fortaleza que puede alcanzar un ideal utópico, insisto, *laico y de futuro*. O si se refiere al modo en que se dio la lucha por la independencia en México —“Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad” (p. 18)— lo hace para afirmar la especificidad, la idiosincrasia propia de Hispanoamérica: “Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones” (p. 18). En mi opinión, se manifiesta en estas expresiones martianas una voluntad por descubrir en las piezas sueltas del pasado colonial en quiebra, así como en el posterior gesto de abrazo de los dos libertadores, una piedra basal para la identidad de estas naciones todavía desconstruidas. Hablar de este modo implica afirmar que Hispanoamérica existe por un pasado indígena y colonial que le dio origen, pero Nuestra América se define en cuanto es dueña de un porvenir común.³

En resumen: voluntad anticolonialista y exhortación a la unidad de Nuestra América son en principio los dos mensajes más claros del ensayo que hoy nos ocupa.

Quiero ahora exponer brevemente otros aspectos que aparecen de manera menos evidente en *Nuestra América*, pero que considero de medular importancia. Me refiero a dos intuiciones fundamentales de Martí: la intuición de una relación hegemónica y su correspondiente, la idea de marginalidad y centralidad, así como la intuición de la especificidad cultural latinoamericana. Me refiero también a este ensayo como símbolo de la conversión del artista en intelectual, ejemplar en Martí. Todos estos aspectos pueden resumirse en la idea de nuestra América como mundo de cultura.

1. Respecto de la idea de relación hegemónica, se advierte que no sólo por el contenido que expresa este ensayo sino por su propia forma, todo en él apunta a rebatir la vieja oposición barbarie-civilización y el esquema histórico que la sustenta, por el cual barbarie se asocia a pasado y civilización a futuro, conforme a una visión de la historia como marcha ascendente y finalista. No sólo declara explícitamente Martí que no se trata de una batalla entre

³ Estas ideas nos remiten a una sagaz observación de Leopoldo Zea en *Dos etapas del pensamiento de Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo* México, El Colegio de México, 1949: “se puede decir que el iberoamericano es un milenarista; un hombre que espera la llegada mesiánica de un futuro que no cree merecer por lo que es y por lo que ha sido”.

civilización y barbarie sino que alude a la tensión entre falsa erudición y naturaleza. Lo natural es lo “desdeñado”, esto es, lo marginado, que ha de rebrotar una y mil veces mientras no se admita su propia razón de existencia. De allí que en este tan temprano texto de la historia ideológica de América Latina ya esté presente, aunque esbozada, la idea de una relación hegemónica entre progreso y atraso, civilización y barbarie. No lo encontraremos indicado de manera explícita, pero sí implícitamente en frases como la tan expresiva por la que denuncia a los hijos “que le roen el hueso a la patria que los nutre” (p. 16), o a quien “pone a la madre a trabajar donde no la vean maldiciendo del seno que lo cargó. . .” (*loc. cit.*). De allí la expresión —también de gran vigor y actualidad— que parece replicar la trillada frase “los hombres tienen los gobiernos que se merecen”: “Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos” (p. 17). O como dice de manera expresiva:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia (p. 16).

De este modo, “atraso” y “adelanto” no se miden de acuerdo con un parámetro universal, sino como retrocesos y avances en el conocimiento de la propia realidad.

Además de estas formas de relación desigual dentro de las propias naciones, especialmente notables en la posición de la élite respecto del pueblo, que genera situaciones de imposición y violencia, existe por sobre todo una forma de relación hegemónica entre metrópoli-colonia: “Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América . . . y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña” (p. 21).

En suma, advierte Martí que Nuestra América es hija de una situación colonial —la española— de la que apenas va saliendo (Cuba no se había independizado aún), y ya se cierne sobre ella la amenaza del establecimiento de nuevos lazos de dependencia.

2. Existe una segunda intuición fundamental en este ensayo, que es la de un mundo cultural todavía no integrado. Para comprender esta intuición es preciso regresar al punto nodal del ensa-

yo, donde Martí plantea con insistencia la necesidad de superar la antítesis civilización-barbarie. ¿Qué significa profundamente ese pasaje en el que Martí afirma que la cuestión no es para Nuestra América el debate entre civilización y barbarie, sino que el debate es *otro*?

Gran parte de este ensayo se plantea como una oposición entre dos elementos: una Hispanoamérica “natural”, sin conciencia de sí, capaz de vencer por su fuerza cualquier construcción que sobre ella se haga sin base de sustentación, y una aparente Hispanoamérica “civilizada”, conformada por una minoría extranjerizante, que impone al continente ideas de copia e imitación. Para superar este juego constante de oposiciones, Martí introduce la idea de que existe una especificidad histórica cuyo sentido la misma Hispanoamérica no advierte todavía ni puede ver con claridad, y que el propio ensayista denomina “realidad real”, “singular”, “particular”, y asocia con las ideas de “crear” (“Crear es la palabra de pase de esta generación”, p. 20), inventar, probar, conocer. El movimiento es doble: conciliar y superar, hermanar y crear, conocer e inventar. Este movimiento implica, por una parte, dar lugar a un conocimiento que no sea copia o imitación de modelos europeos sino discusión de esos modelos a la luz de las realidades propias de nuestra América. Nuestra América es un constante nombrar lo que no está. Surge en Martí esta idea que luego retomarán, entre otros, Mariátegui y Henríquez Ureña: la idea de una cultura impuesta —colonial— que pasa con la Independencia a ser cultura de imitación, y la perentoria necesidad de que la misma se torne en cultura de crítica de modelos europeos y reencuentro con realidades peculiares de nuestro continente. De este modo, nos atrevemos a afirmar que *Nuestra América* es la intuición de un mundo de cultura, y de cultura mestiza y sincrética.

¿Dónde encontramos su preocupación por el problema de la cultura, si tenemos en cuenta que Martí no usa ese término, que apenas comenzaba a abrirse paso en los estudios humanísticos? Precisamente en la tensión por él anotada entre lo natural y lo artificial: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (p. 17), nos dice. El propio Martí dirá más adelante: “El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive” (p. 18). El “estudio de los factores del país en que se vive” no es sino una forma anticipada de nombrar lo que años después encontrará su justa denominación como ‘cultura’.

Existe un punto de unión entre el propio ensayista, el mundo de cultura, y la noción de "Nuestra América". El ensayista es quien *denuncia* el pasado y enuncia el futuro, a través del tiempo de la exhortación.

3. El tercer punto que quiero tratar con mayor detalle es *Nuestra América* como ensayo símbolo de la conversión del artista en intelectual, esto es, de la ampliación del quehacer del escritor de arte como la obra del escritor de cultura.

Referirnos a Martí como intelectual implica referirnos al género que escoge para transmitir sus ideas. *Nuestra América* es, sin duda, un ensayo. Publicado originariamente en *El Partido Liberal* de México en enero de 1891, es válido preguntarse por qué no se lo califica como panfleto o artículo político. Es evidente que, si bien hay en este texto alusiones, explícitas o veladas, a las condiciones históricas específicas del momento en que fue escrito y al ideal martiano de liberar del yugo colonial a las naciones que aún tenían lazos de dependencia con España, la prosa de *Nuestra América* trasciende en mucho la finalidad de propaganda política para constituir una reflexión sobre América Latina. No se trata, evidentemente, de una prosa en calma, sino de una prosa urgente. Pero como es urgencia de poeta a la vez que de político, no se encuentran en *Nuestra América* ideas desarticuladas sino ideas que conforman una unidad de sentido y se apoyan en un estilo acabado. Como Hostos, fue Martí viajero de ideas, profeta andante por las tierras americanas, y su prosa en mucho dista de la que pueda escribirse en la calma de la torre de marfil cara a los modernistas. Prosa densa y sustanciosa, *Nuestra América* cumple los requisitos que el propio Martí plantea para los escritos americanos: "La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea" (p. 21).

Nuestra América pertenece formal y funcionalmente al género ensayo.⁴ Formalmente, porque en ella se plantea la necesidad de una crítica de los valores, se reexamina la historia de Hispanoamérica para encontrar en ella un posible *sentido* y se propone incluso una nueva periodización por momentos clave (Colonia e Independencia), a la vez que se lo hace a través de imágenes-concepto, iluminaciones ("centelleante") y razones ("cernida"), trabajadas

⁴ Es necesario aclarar que mi propia definición de ensayo es la de prosa crítica que trata todo tema como problema y se dedica al reexamen interpretativo de valores y significados culturales.

siempre desde la mira del ensayista, quien introduce su propio factor personal o subjetivo (y esto es especialmente evidente en su apelación al futuro-unidad en el que confluirán los elementos descompuestos del presente). Funcionalmente, la prosa se adapta a los propósitos del autor, en quien se concilian el artista, el sentidor, el hombre de ideas y el hombre de acción. De allí que el ensayo, como forma sintética y sincrética, como “centauro de los géneros” (son palabras de Reyes) capaz de conciliar signo e idea, arte y meditación, sea la forma más conveniente a sus propósitos. Si sólo se tratara de una prosa urgente, circunstancial, del día —que en cierto sentido lo es—, podría haber optado por el panfleto o el artículo. Pero como se trata además de una prosa para quedarse, de una exhortación a la acción que es al mismo tiempo fundamento profundo de esa acción, inserción de todo programa inmediato en la historia misma de América, esto es, intento de dar marco histórico y social a toda acción política que se emprenda —y de allí el interés que reviste para una publicación mexicana la reproducción de un texto cubano—, Martí escoge el ensayo. El ensayo es la forma que mejor se adapta a la crítica de la cultura, esto es, el ensayo es la forma que mejor se adapta a las intenciones de nuestro intelectual.

Con Martí el ensayo latinoamericano llega a su definición como crítica de la cultura. Como bien ha señalado José Guilherme Merquior, a fines del modernismo se da el paso del artepurismo a la crítica de la cultura por parte del escritor latinoamericano. Si bien Merquior sitúa este paso tardíamente, en la tercera década de nuestro siglo, este documento de Martí simboliza tempranamente y de manera ejemplar el paso del escritor modernista “en armonía con el cuadro axiológico de la civilización urbano-industrial” al crítico de la realidad cultural.⁵

Como ejemplo de ello invito a los lectores a meditar sobre todas las implicaciones posibles de las palabras que abren este ensayo: “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero en su aldea” (p. 15). El ensayo comienza así por una imagen poética, reforzada además de manera rítmica por su referencia al octosílabo, consustancial —ya lo dice Machado— al idioma español. Se abre de manera poética pero sólo para negarse a sí mismo como mero conjunto de imágenes, ya que la del aldeano vanidoso resulta ser también

⁵ Cf. José Guilherme Merquior, “Situación del escritor”, en *América Latina en su literatura*, 7a. ed., México, UNESCO-Siglo XXI, 1972, p. 379.

una predicación sobre el estado actual de una cuestión: la cerrazón de horizontes. Martí se refiere no sólo al aldeano propiamente dicho, sino a toda forma posible de aldeo-centrismo, o lo que hoy denominamos "provincianismo". En éste caben desde un Sancho Panza de miras limitadas y verdades de Perogrullo hasta la cerrazón de ideas de todo artista o dirigente que crea sin espíritu crítico que su verdad aprendida es la única verdad. Tal vez Martí estuviera pensando especialmente en las minorías ilustradas de América Latina que hacían de las ideas importadas su propio credo. Pero su aseveración vale aún para nuestros días, en los que no faltan especializaciones y anteojeras que no dejan ver el bosque.

Pero aún hay más. Es posible contraponer la imagen de una aldea a la de "Nuestra América", expresión que da título al ensayo: la una símbolo de balcanización y desencuentro, y la otra de unidad posible. Finalmente, si contraponemos nuestro ingenuote de aldea que se acuesta con pañuelo a la cabeza al gigante de siete leguas, estamos contraponiendo cerrazón obtusa a expansionismo, encierro complaciente a apertura agresiva, cierre de fronteras a avance de fronteras. América Latina es de este modo un persistir provinciano en las fronteras mientras que los Estados Unidos son ya, para esa época, necesidad de allegarse nuevos territorios.

Las fuerzas regresivas del presente ("Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea"; "Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle. . ."), limitado, de horizontes estrechos y verdades de sentido común (que siempre "da por bueno el orden universal") se resuelven en el futuro, a través de declaraciones cuyo valor de verdad las acerca al terreno de la paradoja y la utopía: "Lo que quede de aldea en América ha de despertar", "Injértese en nuestras repúblicas el mundo. . ." (p. 18).

De este modo, el horizonte pensado por Martí para Nuestra América no es el de un futuro a secas, sino de un futuro que el ensayista convierte en su propia exhortación. El ensayista está puesto para desenmascarar la realidad y las imposturas de esa realidad, esto es, denunciar la desnudez detrás del traje de fantasía, el estado primitivo al que se superpuso un estado de civilización mal incorporado, en suma: la violencia que supone todo encubrimiento, todo falso crecimiento. De allí que reitere: "Éramos una visión. . . Éramos una máscara. . . Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza" (p. 20).

La tarea peculiar del intelectual será buscar la clave del enigma

hispanoamericano: somos lo que no sabemos; somos lo que no es llana naturaleza ni simple civilización; somos lo que no somos: un algo que aún no conocemos, y que habrá de verificarse en el futuro. Somos —podemos decir ahora, después de la consolidación de la antropología— cultura.

De allí que “Hispanoamérica” esté en el pasado, indígena y colonial, y que en ese tiempo se ubique tanto el estado de naturaleza como el estado de civilización importada e impostada, mientras que en el futuro se habrá de verificar el estado de cultura, y en él una entidad conocida como “Nuestra América”.

La única forma posible de despertar al futuro es un ensanchamiento en el horizonte de las ideas: “las armas de juicio . . . trincheras de ideas. . . No hay proa que taje una nube de ideas” (p. 15), esto es, no hay realidad agresiva (proa) que pueda romper la peculiar realidad, la existencia sólo nombrable a través de la metáfora (nube: unión inadvertida, unión sutil) de las ideas.

La tensión pasado-futuro resuelta como contrapunto de épocas está presente en muchos otros textos de Martí. Dice en 1893, en el artículo “La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española”:

Durante los años de prueba y tanteo en que nuestra América buscó acomodo entre sus vicios heredados y su libertad súbita, entre la hostil pereza e inepto señorío, y la dificultad de la república inculta y briosa, fueron las letras tribuna desecha de las ideas combatientes, o exánime remedo de las novedades literarias. Pero ya América, saneada en lo real de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conoce por fin sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición diversa de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábito o de razas; y con acuerdo profético brota de todas partes a la vez . . . una literatura altivamente americana, de observación fiel y directa, cuya beldad y nervio vienen de la honradez con que la expresión sobria contiene la idea nativa y lúcida.⁶

La tensión entre pasado y futuro es especialmente emotiva en párrafos como éste, donde emplea la forma de la exhortación: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, co-

⁶ Cit. por Carlos Ripoll, *Conciencia intelectual de América. Antología del ensayo hispanoamericano (1836-1959)*, New York, Las Americas Publishing Co., 1966, pp. 238-239.

mo hermanos celosos . . . han de encajar, de modo que sean una, las dos manos” (p. 15). “Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios. . .” (p. 16). “El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país . . .” (p. 17).

El gran abrazo de los tiempos, a la vez reconocimiento del pasado y certeza de la llegada de un futuro, se da en expresiones como ésta: “regó el Gran Semí . . . la semilla de la América nueva” (p. 23): en el pasado se puso semilla, es decir, en el pasado se sembró el porvenir.

Bajo esta luz puede observarse también su concepto de creación: “Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador” (p. 17). Porque si el pasado está infestado de tiranías que revelan la “incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país” (p. 18), gobernar será crear. Obligado es recordar aquí la frase de Simón Rodríguez: “O inventamos o erramos”. Inventar, crear, cobra en Nuestra América un sentido especial. Como dice Carlos Fuentes en su reciente libro, *Valiente mundo nuevo*:

Inventamos lo que descubrimos, descubrimos lo que imaginamos. . . El descubridor es el deseador, el memorioso, el nominador y el voceador. No sólo quiere descubrir la realidad; también quiere nombrarla, deseirla, decirla y recordarla. A veces, todo ello se resume en otro propósito: imaginarla. . . Entonces nos damos cuenta de que el pasado depende de nuestro recuerdo aquí y ahora, y el futuro, de nuestro deseo aquí y ahora. Memoria y deseo son imaginación presente.⁷

Quiero retomar otro elemento “estrictamente literario”, el uso de imágenes, para mostrar de qué modo un recurso estético se convierte en una forma de crítica de los valores y apertura hacia nuevos horizontes. Comencemos por lo que el propio Martí, en lo que resulta una maravillosa definición de ensayo, caracteriza como “prosa cargada de idea”: “La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea” (p. 21). El adjetivo “centelleante” se refiere a lo que es al mismo tiempo breve, veloz y sumamente brillante. Y “cernida”, que proviene del verbo cerner, es otro adjetivo de rica pluralidad significativa. En efecto, “cerner” quiere decir muchas cosas. Proviene del *cernere* latino, que significa separar, y designa no sólo

⁷ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, FCE, 1990, pp. 47-49.

la acción de tamizar la harina para preparar el pan, o separar el grano más grueso del más fino, sino también discernir, observar y examinar. "Cerner" designa también el momento mismo en que las plantas están en fecundación: vid, olivo y trigo están "en cierne". En suma: prosa fecunda y decantada. Prosa rica, concisa e iluminada, que no arrastra materiales de desecho.

Por último, quiero tomar otro ejemplo de la feliz unión entre arte e idea en este ensayo de Martí. Se trata de su frecuente apelación a imágenes de la naturaleza cultivada, esto es, no sólo al proceso de crecimiento del árbol sino también a la parte que toca al hombre en la siembra y el cuidado de la planta.

Tanto en la recordada expresión "Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas" (p. 18), por la que alude a la relación entre singularidad y universalidad de América ("Nuestra Grecia y la Grecia que no es nuestra"), como en otros múltiples pasajes, Martí se refiere al árbol como metáfora de nuestro continente.

El autor plantea los tiempos de la historia de América Latina como una dialéctica entre encubrimiento y descubrimiento, desencuentro y encuentro, diversidad y unidad, limpia y siembra: "ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire..."; Es la hora del recuento, y de la marcha unida. . ."; "De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas" (p. 16).

La unidad de pasado y futuro se plantea también como siembra. Para nombrar al futuro emplea Martí nociones de tan amplio alcance connotativo como "sembrar", "crear", "conocer", "resolver". Verbos como flechas cargadas de futuro. El pasado, lo que tenemos, el arco que ha de disparar la flecha, es siempre nuestra realidad: "los factores reales del país". La república que lucha contra la colonia se compara con las imágenes "limpia" y "siembra" (p. 18).

Para muchos un lugar común ingenuo, socorrido, gastado, la imagen del árbol empleada por Martí reviste nuevo interés para nosotros como metáfora de algo que aún no acierta a llamarse "cultura". Si la tierra que nutre y da sustento representa lo natural, y alude tanto al suelo americano como al hijo indio y mestizo que da esta región, la copa del árbol, contrapuesta a la tierra, y que designa la civilización decadente, se caracteriza por tener hojas vanas, que ya se engrandecen con flores o se mueven según las lleve el viento, sin solidez, símbolo de lo inseguro, enclenque, superfi-

cial, contra lo oscuro, sepultado, nocturno, de la tierra. Entre ambos se alza el tronco, que designa lo que todavía no existe, y será lo que se apoye verdadera, sólida y solidariamente en la tierra que lo nutre y a la que supera. Es el tronco, la solidez del árbol, capaz de alzarse en constante relación con la tierra, y dar sustento real a la copa. El tronco ha de alzarse en armonía con la ya armónica serenidad de la naturaleza. El tronco, como el hombre que le está naciendo a América, responderá a la realidad. La tierra es pura horizontalidad, la copa, pura apariencia. El tronco, verticalidad, crecimiento, superación.

La imagen de suelo, tronco y hojas se hace corresponder a la de hombre natural, hombre de disfraz y hombre real, y esta "tipología" nos recuerda las que por su parte propondrán los pensadores latinoamericanos que hacen hincapié en el problema de la importación e imitación de modelos europeos. El hombre real contra el hombre que es disfraz e impostación. El negro y el indio, hombres de naturaleza. Lo nocturno y natural, el indio y el negro. Lo diurno y falso, el hombre que imita al europeo.

Así, la imagen del árbol permite a Martí hacer una crítica de los valores: "Ya no podemos ser el pueblo de hojas . . . restallando o zumbando" (p. 15). "Si el árbol es difícil, dicen que no se puede alcanzar el árbol. Si lo canijo es el brazo, no el árbol, dicen que no se puede alcanzar el árbol"; "Roen y empobrecen lo que los nutre. . .". Metáforas de nutrientes: la tierra es la madre enferma que crió a los hijos y que ellos roen. Lo que se construye sin base sólida cae, es vencido por la tierra, por el hombre natural.

Lo natural vence. Lo rudimentario, singular, peculiar, ha de vencer siempre a la hojarasca sin base de sustentación, porque la verdad derriba toda construcción que se levante sin su apoyo.

En suma: la falsa erudición es como las hojas, es hojarasca. La raíz, la tierra, es la naturaleza. Y el tronco tiene su propia necesidad en cuanto representa a la cultura, al saber y a las construcciones legítimas, que sólo potencialmente existen: "Con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella" (p. 17).

Resulta de interés observar el proceso por el cual Martí toma imágenes primariamente poéticas y relacionadas con el orbe de las ideas estéticas, para aplicarlas a su vez al mundo de los valores y de la historia. En efecto, es muy probable que la primera formulación de la antítesis artificial-natural que aparece en Martí se inspire a su vez en Bécquer y en su interpretación del romanticismo ale-

mán. Así, por ejemplo, en textos más tempranos de Martí, como éste de 1875, escrito poco después de salir de España, puede leerse:

Son los unos poetas por el afán de hacer versos, y sólo otros porque los accidentes de la vida les van poniendo espontáneos versos en los labios: es aquella poesía, como poesía del cerebro, vaga y hermosa a veces, con la hermosura del follaje; es la otra manera, como poesía del corazón, savia vital, robusta como el árbol que se levanta desde los senos de la tierra, ruda a las veces como el tronco que en sí mismo se enrosca y se envuelve. Aquello fatiga: esto cautiva: cansa al cabo la miel. . .⁸

Y en 1878:

Hay versos que se hacen en el cerebro: éstos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y a él van. Sólo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma.⁹

De este modo, un planteamiento que originariamente tenía un sentido estético y universal, se aplica a la crítica de la cultura americana, *se historiza y particulariza para nombrar la singularidad de los problemas americanos*.

Una imagen poética se vuelve así base de sustentación de una categoría de análisis nueva: Hispanoamérica como nuestra América, historia latinoamericana como cultura.

¿A quién le habla Martí? ¿Quién puede leerlo y escucharlo? En buena medida, el hombre de cultura, el "afrancesado", el que piensa a la europea y tiene los medios para leerlo. La función de Martí parece ser entonces la de portavoz de la masa, voz de los que no tienen voz, traductor de un mensaje aún informe para lectores sobrecivilizados. Martí está entre el hombre de cultura y la masa como la cultura americana está entre la barbarie y la civilización. Del mismo modo, entre la visión metropolitana que ve en América Latina una gran colonia y la visión del aldeano miope que ve en su aldea al mundo entero, Martí se pone como el que predica sobre Nuestra América: una unión de patrias para sí mismas, una unión para adentro. Por fin, entre el pasado de pobreza y servilismo y el futuro de

⁸ Cit. por Iván A. Schulman, *Génesis del modernismo, Martí, Nájera, Silva, Casal*, México, El Colegio de México-Washington University Press, 1966, p. 86.

⁹ *Ibid.*, p. 86.

utopía, Martí se instala en un presente que es pura labor de autoconocimiento.

Y aquí es donde la pregunta por la vigencia de Martí resulta especialmente provocativa: en aquellos problemas ineludibles planteados por primera vez por él y proyectados a futuro, como herencia y responsabilidad de las presentes y futuras generaciones de Nuestra América.